

coloca Cranz al decir: «Estas gentes le invocan como otros paganos á sus Júpiter, Plutón y demás grandes dioses, ninguno de los cuales, sin embargo, es el verdadero ser del que reciben existencia todos los seres.» Desean también volar á él después de la muerte y disfrutar con él de su abundancia, no obstante lo cual tribúntele pocos honores y le ofrecen menos sacrificios que á todos los demás espíritus de menor categoría porque creen que sin ello se mostrará igualmente bondadoso.

Es muy extraño que, según testimonio de Boas, sea este Tongarsuk completamente desconocido para los esquimales de la tierra de Baffin entre los cuales, en cambio, aparece muy claramente una diosa llamada Sedna, que no deja de guardar cierta relación con la figura del otro mundo groelandés designada por Cranz como «Proserpina.» Los que responden de las afirmaciones de Hall pintaban á esta diosa como protectora de todos los innuites á la que se consagraban y dirigían la mayor parte de los sacrificios y de las plegarias. Según Boas, Sedna es la hija de un esquimal que vivía solo con ella en la playa hasta que llegó un ave procelaria que se la llevó consigo; su padre, empero, la persiguió poco después y logró recobrarla, mas viéndose perseguido por el ave y por sus compañeras que levantaron tempestades arrojóla al mar para poder huir mejor y le cortó los dedos con que se había agarrado fuertemente á la borda de la canoa. De estos dedos salieron los animales marinos: de las falanges nacieron las ballenas, de las falanginas las focas y de las falangetas las focas barbudas. Calmada la tempestad volvió el padre á tomar á bordo á su hija, la cual desde aquella mutilación cobró profundo odio hacia él, así es que cuando hubieron llegado á tierra hizo que dos perros devorasen las manos y los pies de su padre que estaba durmiendo y que al despertar maldijo á su hija y á los canes: una y otros se hundieron en la tierra siendo desde entonces Sedna señora del país de Adlivun cuya entrada guardan aquellos animales y que es la mansión de los muertos de los esquimales. Compañera de Sedna es quizás la soberana Imlja que los ostiakos del Ienissei colocan en el averno.

La tempestad y el trueno son temidos y por ende adorados. Krause refiere que durante la tempestad y la tormenta los chuktches arrojan como sacrificio al trueno carne de rengífero y de morsa, «pues de no hacerlo así, aquél mataría á algún hombre.» Antiguamente para explicar la causa de una tempestad se decía: «cuando muere un hombre hace mucho viento.» Entre los lapones el dios de la tempestad Biaggagales, el «anciano de la tempestad,» el Eolo lapón, es el que blandiendo una maza con la mano izquierda arroja á la tempestad de las cavernas y con una pala en la derecha la obliga á entrar de nuevo en ellas. A este viento dirigen sus preces los pastores de rengíferos especialmente cuando están con sus rebaños en los elevados *sfjelder*, sobre todo en la época en que nacen los pequeñuelos que con el viento helado se hielan antes de que sus madres los hayan secado lamiéndolos. Este dios les venga, en cambio, de sus enemigos, pues cuando le hacen ricos sacrificios les envía un viento atado con tres nudos que luego sueltan ellos contra sus adversarios: al desatar el primer nudo sopla como ligero céfiro, pero desatado el tercero conviértese en furioso huracán. La leyenda que supone que en Laponia puede comprarse viento llega hasta el Norte de Alemania. Egede creyó reconocer entre los esquimales, así como otros antes que él lo habían reconocido entre los indios, al dios del viento, Sillam Innúa, como ser supremo cuyo reino confundieron, al parecer, aquellos hiperbóreos con el reino de los muertos: en los juramentos

de los esquimales óyese pronunciar á menudo los nombres de los cuatro vientos principales Pauna, Sauna, Kauna y Auna.

El otro mundo de los esquimales es doble yendo los malos al Adlivun, el averno, y los buenos al Kudlivun. En el averno reina una diosa, probablemente la Sedna de los insulares de Baffin, esposa del ave procelaria é hija del gran angekok de los groelandeses que se come las islas, á cuyo reino se llega por medio de una estrecha rueda lisa como el hielo y de una cuerda delgada y delante de cuya puerta están de guardia ó bien dos focas que muerden ó un perro que nunca duerme. Cuentan que un angekok descendió con su espíritu protector á la mansión de esta diosa, la cual arrojó espuma por la boca, se agitó convulsivamente dominada por la ira y quemando un ala de procelaria intentó asfixiar con aquel hediondo humo á los recién llegados; pero éstos pudieron impedirlo arrancándole ciertos apéndices cuyo hechizo contenía á los animales marinos, gracias á lo cual volvieron éstos á salir á la superficie del agua. En esa mansión es en donde, al parecer, los cuervos atormentan á las almas clavándose en sus cabellos. Al otro mundo bueno, que algunos sitúan en el cielo y otros delante de los tristes Eliseos que acabamos de describir y cuyos soberanos son, entre los groelandeses, Tongarsuk y su madre, se llega por un camino abierto entre el arco iris descendiendo penosamente el alma durante cinco días por una abrupta montaña que destila sangre. Después de este difícil descenso, su vida es alegre y transcurre entre juegos de pelota y cazas afortunadas. Mientras están por el camino no se las puede estorbar en lo más mínimo, pues cualquier molestia podría perjudicarlas y ocasionarles «otra muerte» que los groelandeses temen en grado superlativo. Quizás está relacionada con esta imagen la creencia en «viviendas silenciosas» de que Cranz tuvo noticia aunque sin poder decir con fijeza qué se quería significar con ello. Creen estos pueblos que en el cielo hay un lago á cuyo alrededor se colocan las almas y cuyos desbordamientos producen las lluvias en la tierra. Una vez el mundo zozobró, el lago se derramó y sobrevino un diluvio. Otra especie de depuración del mundo es la siguiente: cuando todos los hombres han muerto, el mundo es destruído, un gran diluvio purifica la tierra y una tormenta sopla el polvo purificado y le imprime formas más bellas; todo queda liso y hermoso y luego Pirksomá (en groelandés «el que está allí arriba») soplará sobre los hombres y éstos vivirán.

Los esquimales, al igual que los kolosches, dividen el cielo en cinco regiones puestas unas encima de otras á modo de escalera de purificación para las almas: en la quinta ó última existen, en su sentir, seres completamente puros, hombres de luz ó *lham-chúas*; en la cuarta habitan seres menos puros que, sin embargo, pueden purificarse más y subir al último peldaño; en la tercera viven los *kachapahes*, nombre en el cual la palabra *kacha* es la misma que en Kachak designa al camán superior, al hombre sabio y también al guardador de las sagradas tradiciones; los *kachapahes* son considerados como intermediarios encargados de establecer relaciones entre los *kachakes* que aun se encuentran en la tierra y los *lham-chúas* del quinto cielo. En la segunda y en la primera región habitan los espíritus menos puros y en la última los *mittates* ú hombres estrellas. De suerte que á medida que ascendemos en estos distintos cielos encontramos sucesivas transformaciones y purificaciones. Cualquier individuo, sea quien fuere, puede llegar á ser, por virtud de las diversas transformaciones, *lham-chúa* con tal que haya sido honrado y haya observado los

preceptos religiosos. La manera cómo estos cinco cielos están superpuestos coincide perfectamente con las ideas acerca de las transmigraciones de las almas que á menudo vemos señaladas en número de cinco como necesarias para llegar al estado de perfección. Según creencia de los aleutianos cada hombre muere y nace cinco veces y sólo después de haber muerto cinco veces abandona la tierra para siempre para conseguir otra existencia entre los *mittates*, bien en el sol, bien en la luna ó en la aurora boreal, etc. Cuando se habla de un alma que está en uno de los tres primeros peldaños se dice que no está muerta; cuando el alma habita ya en el cuarto está peor y cuando se hace referencia á un alma del quinto se la tiene por completamente muerta.

Los sistemas de sepelios de los hiperbóreos no salen del círculo cuyo centro es la firme creencia en las almas que, al parecer, está por encima de todas las demás supersticiones. Los usos que para ellos se siguen demuestran en alto grado una reminiscencia de los americanos del Noroeste y de los polinesios, pero están tanto más subordinados al clima cuanto que el suelo helado ó cubierto de nieve ó hielo rara vez permite los enterramientos propiamente dichos. Castrén fué el primero en hacer notar la extraña costumbre de los samoyedos del Ural que sólo en verano entierran á sus cadáveres en fosas dejándolos en invierno en el suelo encerrados en cajas de madera. Algunas prácticas de estos territorios las encontramos extendidas por todo el mundo, pudiendo citar como ejemplo la de apartar el cadáver del círculo de los sobrevivientes. El cadáver completamente desnudo es sacado de la casa mortuoria, pero no por la abertura que sirve de puerta sino por otro agujero que se practica á un lado de la casa ó de la tienda: después de esto se le expone por más ó menos tiempo, en la creencia de que el alma puede volver dentro de un plazo determinado. Los *chuktches* colocan al muerto en un trineo y después de atarlo bien lo llevan á una buena distancia de la residencia, si es posible á una montaña, y allí dejan abandonado el trineo y el cadáver; transcurridos algunos días, cuando los cuervos han arrancado á éste los ojos, el trineo es reconducido á la cabaña «pues el cadáver ya no puede ver quién lo trae» ó se abandona el cadáver rodeado de sus utensilios y encerrado en un óvalo formado con piedras para que se pudra ó lo devoren los animales. Los *chuktches* de Tapkan (costas de Siberia) cuelgan el cadáver de una larga percha cerca de la aldea hasta que las vestiduras se caen á pedazos, y entonces lo entierran en el suelo cubriéndolo con piedras. Los aleutianos cuelgan el cadáver y el ataúd al aire libre, pero también entierran, al parecer, á sus muertos puestos en cuclillas; hace muchos siglos depositaban las momias perfectamente envueltas en cavernas en donde, además, colocaban muchas ofrendas. Pinart dice que los aleutianos tapaban los rostros de los cadáveres con unas máscaras, de las que Dall encontró buen número en las cuevas sepulcrales del archipiélago Catalina. En la isla de Nunivak los cadáveres desaparecían debajo de un montón de piedras alrededor del cual se ponían varias máscaras de madera y los objetos que el difunto había usado en vida. La costumbre de cubrir con piedras aparece también en la tierra de Baffin; en cambio en el estrecho de Kotzebú se les cubre con madera y más hacia el Este encontró Beechey cadáveres de esquimales puestos en andamios de madera. Los tunguses también enterraban sus muertos en casas de madera construídas sobre estacas. Los groelandeses orientales no suelen dar sepultura á sus difuntos sino que los arrojan al mar, al

paso que los occidentales los entierran y para poderlos enterrar en cuclillas siguen la costumbre de los indios de doblar las piernas de los moribundos sobre los riñones. Algo de las costumbres del lejano Sud, de los polinesios, de los sudamericanos y de los *dajakes* tiene la adoptada por algunas tribus tungusas que colocan á sus muertos en pequeños botes (*wetkas*) compuestos de tres delgadas planchas unidas de unos 2 metros de largo por 35 centímetros de ancho: todos los tunguses llevan consigo, en vida, un bote de estos: el cadáver colocado en la embarcación sólo está cubierto con una piel de rengífero. Los ostiakos del Ob confeccionan en cuanto muere alguien una imagen de su alma que durante muchos años ocupará el puesto del difunto en la cabaña y en la mesa: esta práctica recuerda otras muy extendidas de las cuales hemos hablado en el tomo I pág. 636 y 104. El rigor extraordinario con que esquimales, en otras cosas tan avaros, respetan la costumbre de no pisar más la tienda en donde ha ocurrido una defunción y de dejar que caiga en ruinas la choza junto con todo lo que contiene incluso las estacas en que la misma se apoya, puede ser hija de la experiencia que les ha enseñado que tales objetos propagan las enfermedades, lo cual realmente acontece con facilidad suma dado el amontonamiento de seres humanos dentro de una choza húmeda ó de una pequeña tienda. Para que el sacrificio no sea tan cuantioso, los esquimales construyen para los moribundos pequeñas chozas especiales y si la enfermedad se prolonga mucho los dejan completamente abandonados en ellas. Hall refiere el caso de un esquimal que llevó á su hogar á una nueva mujer en sustitución de la que yacía gravemente enferma en la fría choza de los moribundos viviendo de las limosnas de algunas almas compasivas. En tales chozas han de permanecer durante tres días los más próximos parientes consanguíneos del moribundo sin abandonar á éste: durante este plazo los demás miembros de la tribu no trabajan, ni emprenden viajes, ni cazan ni pescan. En algunos puntos depositanse de tiempo en tiempo, aunque en períodos largos, manjares junto á la tumba. Las mujeres demuestran su tristeza descuidando su traje y los hombres, entre los tunguses por ejemplo, se dejan crecer el pelo y no se hacen trenzas.

Los sepelios preferidos son los que tienen lugar en los sitios elevados; así lo dice Cranz hablando de los groelandeses y Cook refiere que los indígenas de Unalashka entierran á sus muertos en las cimas de las montañas construyendo sobre la tumba un montículo de piedras. «Yendo una vez de paseo, uno de los insulares que me acompañaban me enseñó varias de estas colinas funerarias; en una de ellas, situada en el camino del puerto á la aldea, había amontonadas muchas piedras, habiendo observado que cada transiente arrojaba una más al montón. De estos montículos de piedra al parecer artificiales, había muchos y algunos de ellos debían ser muy antiguos á juzgar por las apariencias.» En la tumba se depositaban también objetos estimados, como tabaco, armas de caza, etc. Billings habla de sepulcros hechos con cuernos de rengífero. En los territorios que han sido habitados por los samoyedos vense diseminados por la tundra multitud de trineos de mujeres, hombres y niños cada uno de los cuales indica una sepultura. Los *chuktches* verifican también con mucha frecuencia sus sepelios en las mismas colinas en que han tenido expuestos los cadáveres. Los *chuktches* rengíferos matan cuatro de estos animales depositando uno á cada lado de la tumba, mientras tapan el cadáver con una piel sobre la cual colocan todos los utensilios de caza y un trineo. Billings refiere que sobre el sitio en que se había quemado un ca-

dáver se colocaban piedras que figuraban el cuerpo del difunto: la que estaba colocada encima de las demás y era la de mayor tamaño recibía el nombre de cabeza siendo untada con meollo y grasa con ocasión de la visita que cada año se hacía á la tumba. Adornábanse también los sepulcros con cráneos de perro, de renjífero, de oso y de morsa y transcurrido algún tiempo inspiraban tan poco horror que los caminantes no tenían reparo en pasar por en medio de estos círculos de cráneos y de piedras. Más tiempo tardaba en desaparecer el temor que inspiraba el contacto de los cráneos allí depositados.

La cremación de los cadáveres es práctica que vemos atribuída á los chukches pero sólo se realizaba, al parecer, por voluntad expresa del difunto: Billings, por el contrario, la hace extensiva á todo el pueblo. Cuando se quema un cadáver se observa con mucha atención el humo que se desprende de la hoguera: si sube en dirección vertical se dice que el alma del muerto se dirige hacia el sol; si se inclina hacia la tierra, lo cual sucede muy á menudo, es señal de que el alma se queda en la tierra convertida en cualquier animal doméstico, caballo, renjífero ó perro, siendo esto considerado como un castigo por haber el difunto durante su vida martirizado ó causado daño á las bestias.

La afirmación de Klutschak de que «la superstición es norma de vida entre los esquimales» puede aplicarse á todos los hiperbóreos especialmente á los cazadores y á los pescadores, más expuestos realmente que sus colegas de otros pueblos á una existencia ruda y llena de peligros. La superstición penetra en determinados estados de la vida humana; así por ejemplo, una mujer embarazada no puede comer al aire libre; nadie puede beber en su cántaro, ni encender una astilla en su lámpara sobre la cual le está prohibido á aquélla guisar durante cierto período de tiempo. El marido no puede hacer trabajo alguno durante las semanas siguientes al parto para que el niño no se muera; esto no obstante ha de matar primero algunos pescados y después animales terrestres para su mujer, pues ésta no podría comer lo que hubiese muerto otro que su esposo. Hay algunas costumbres verdaderamente enigmáticas: cuando ocurre un nacimiento es preciso sacar de la choza todos los objetos que sirven para la caza y para la pesca introduciendo, en cambio, en ella dos grandes bloques de nieve colocados uno encima de otro (el de encima con pequeñas piedras incrustadas formando circunferencia) que se dejan en un rincón hasta que se han derretido. En cuanto á las prácticas seguidas en los enterramientos, hemos citado ya las más importantes. Fácil es comprender que las supersticiones cinéticas son entre estas gentes en número extraordinario. De cada animal que mata debe reservar el cazador algo, aunque no sea más que un par de pelos, pues de lo contrario dejaría de ser afortunado en la caza, en la inteligencia de que lo que trae más suerte es la conservación del cráneo: de aquí los montones que de ellos se encuentran delante de las chozas de los esquimales y los trofeos de cráneos que los samoyedos y los tunguses construyen en las alturas de las tundras ó en los peñascos aislados. Durante la pesca de la ballena han de permanecer apagadas todas las lámparas de las cabañas de los pescadores. A los cuervos se les arroja un pedazo de cada pieza cazada; los dientes de zorro y las garras de águila son buenos talismanes; en los kajakes se cuelga una reproducción de los mismos con su remero correspondiente que impide que zozobren.

Los esquimales del estrecho del rey Guillermo tienen la

costumbre de no introducir los pescados cogidos por la puerta común de la cabaña sino por una abertura especial por la cual se les saca también cuando se han de cargar los trineos á fin de que no entren en la choza por el mismo sitio que la grasa de foca. Los pescados no pueden ser comidos en el acto de pescarlos más que crudos y sólo cuando se está á una jornada de distancia del lugar en que han sido cogidos es dado cocerlos al fuego de una lámpara de grasa. En virtud de otra costumbre los renjíferos han de ser descuartizados de manera que no se les rompa ningún hueso; por esta razón el esquimal tiene en lo que á ese animal se refiere, algunos conocimientos anatómicos, pudiendo rivalizar el esquimal en punto á prontitud en descuartizar con los más expertos matarifes. El meollo de los huesos del pie de renjífero, que las gentes de Schwatka encontraron de un sabor análogo á la manteca, constituye una de las golosinas predilectas de esos indígenas. Los esquimales no pueden en determinadas épocas romper ningún hueso y al principio no querían consentir que Klutschak los rompiera, pero éste fué á romperlos á cierta distancia de la tienda, visto lo cual por aquéllos le suplicaron que hiciera para ellos lo propio. Y lo que pasó con esta sucedió con otras costumbres supersticiosas que se resolvieron por una pequeña transacción. En cambio siguieron con tenacidad inquebrantable la tradición que les prohibía hacerse trajes nuevos en tiempo de caza. No participan seguramente de esta superstición los esquimales de Cumberland, de quienes refiere Abbes que durante meses de agosto permanecen algunas semanas en el fondo del fjord Kingawa en donde los hombres cazan mientras las mujeres preparan pieles y confeccionan trajes para el invierno. La costumbre de cambiar los nombres por motivos supersticiosos se practica en gran escala, hasta el punto de que los ancianos cuando están gravemente enfermos adoptan un nombre nuevo para curarse. Boas cita una de las más extrañas costumbres entre los esquimales de Cumberland que consagran á los enfermos como perros de Sedna (véase pág. 144), á consecuencia de lo cual el consagrado ha de llevar durante toda su vida en el traje de pie interior un arnés de perro.

Los artículos de fe de los norteaasiáticos descansan evidentemente en el mismo fundamento. El cráneo de los renjíferos sólo puede comerse crudo, nunca cocido; también se han de comer crudas y á raíz de la muerte las orejas; los ojos han de ser arrojados por encima de los hombros. Las mujeres no pueden cruzar ningún sendero por donde hayan pasado emigrantes ni tocar ningún utensilio de caza. La cabeza de los almizcles ha de ser desollada lo propio que la carne de cebellina. Antes de terminar el período de caza son muy pocos los que hacen comercio con animales. Existen algunas prácticas que quizás descansan en vagas tradiciones del totem; así por ejemplo las distintas tribus de samoyedos comen cierta clase de gaviotas que repugnan á los awames y los assjas sienten asco hacia los grandes pájaros nadadores que, en su sentir, ocasionan la muerte de los hombres, al paso que otros los cazan. Middendorf reproduce un palo de alerce con rostro humano del que penden algunos renjíferos de hoja de lata, que usado á modo de bastón evitaba al samoyedo que lo llevaba los dolores del mal de piedra, y un renjífero esculpido en un trozo de madera del mismo árbol que encontró en un lugar destinado á los sacrificios cerca del río Taimyr. Los objetos de la naturaleza como piedras y maderas que presentan en su forma cierto parecido con un hombre ó con un animal son de fijo venerados y untada una parte de los mismos que se conceptúa como boca con sangre de

algún animal sacrificado. Cuando leemos que el orotchón adora distintas divinidades que clava junto con una piel de liebre en algún árbol cercano á su cabaña, no podemos menos que pensar en los fetiches. Los espejos cóncavos de cobre sirven á los tunguses para coger espíritus y para ver en ellos reproducidos los oráculos.

Llenos de fetiches están el gorro y el vestido de los camanes, descollando entre ellos una larga correa que desde aquél descende por detrás hasta tocar en el suelo. El camán para hacer sus conjuros se pone una túnica de pieles cosidas adornada con harapos, correas y toda clase de colgajos figurando animales. A ellos solos está reservado poder coger con la mano sin sufrir daño alguno las cosas que á los demás inspiran horror, del propio modo que los poetas legendarios ponen en manos de las brujas objetos tales como miembros de cadáveres, arañas y otros repugnantes insectos que causan asco á las más de las gentes y que aquéllas emplean en secreto ó durante la noche para sus manipulaciones. Middendorf dice que un irvak de la playa se llevó consigo como ídolo doméstico la seca y ennegrecida momia de su padre, y aunque esta práctica tiene cierto sabor extranjero, aparece con análogos caracteres en otras partes (véanse págs. 421, tomo I, y 108).

Las ideas religiosas de los hiperbóreos hacen pensar á menudo en influencias extranjeras. Schiefner ve en la fe de los esquimales occidentales el resto de un sistema religioso hoy desaparecido que acusa una serie de nociones superiores y permite suponer que el pueblo que lo aceptó hubo de haber conseguido cierto grado de civilización; y comparándolo con las ideas religiosas de las vecinas tribus indias, especialmente de los thlinkites, reconoce en el mismo una superioridad innegable sobre éstas. Ya anteriormente hemos citado una opinión análoga de Cranz y demostrado oportunamente la existencia de reminiscencias polinesias. Es fácil que mucho antes de que las noticias relativas á los lapones de la península escandinava tomaran entre nosotros formas más concretas llegaran hasta aquéllos las ideas cristianas procedentes de Dronheim, uno de los más famosos puntos de irradiación del cristianismo en el Norte; quizás pertenece al número de estas ideas el sobre cielo, es decir un reino situado al otro lado del aire y de las estrellas en donde se sienta en su trono Radsie-Atschtsche. Los samoyedos paganos adoran á un dios Mikola que no es otro que el San Nicolás de los rusos. Oyendo decir que hasta entre los samoyedos cristianos sólo se hace el servicio divino una vez al año porque el pope vive demasiado lejos y su rebaño está diseminado por territorios sobrado extensos, comprendemos que entre ellos haya echado el cristianismo poco hondas raíces. Entre los tunguses bautizados todavía hay mujeres que representan el papel de camanas y que como á tales son muy apreciadas por los mismos chukches; entre los lamutas la bendición cristiana del matrimonio no tiene lugar hasta algunos años después de la boda pagana cuyas ceremonias consisten en la transformación de la tienda y en el cambio de regalos.

El sacerdocio presenta los conocidos caracteres del camanismo: los hiperbóreos creep especialmente en los hechiceros ni más ni menos que otros pueblos que se encuentran en un grado muy inferior de cultura, y están persuadidos de que aquéllos pueden hacer bueno ó malo el tiempo, que son medio hombres y medio mujeres, que se arrancan los ojos y se los comen, y que se clavan un cuchillo en el pecho y una bala de fusil en la cabeza sin sufrir el menor daño. La creencia en hechiceros ha invadido la literatura profana de los hiperbóreos y ha arraigado con no menos fuerza entre los fineses y los lapones. La *Kalewala* es la

epopeya de aquella sabiduría que con sus hechizos domina á la naturaleza y á los espíritus y que «penetra en la mitología fina y constituye el principio de la hechicería.»

El angekok de los groelandeses y el camán de los kamchadales son la copia del hechicero indio y se parecen extraordinariamente al hechicero de las lluvias de los cafres ó al fetichere de los africanos occidentales. En la descripción que hace Lönnrot del hechicero finés («se conduce como un furioso, su lenguaje es enérgico y duro, su boca echa espuma, su cabello se eriza, etc.») reconoció Castrén los rasgos fundamentales del camanismo de los negros y de los pueblos asiáticos. También en estas regiones conquista el hechicero gracias á una permanencia prolongada en el desierto un espíritu que le hace poderoso y por virtud del cual sana á los enfermos, explica los sueños, conjura á otros espíritus, vence á los malos hechiceros, etc. Cuando se trata de hechizos muy difíciles se hace preciso ponerse en un estado espasmódico. Hay hechiceros de distintos grados á quienes están confiadas tareas de diversa importancia: así por ejemplo entre los esquimales de la tierra de Baffin se ha de apelar al hechicero más poderoso para arrojar á Sedna, la temida diosa del infierno, al paso que todos los demás espíritus malos pueden ser fácilmente vencidos por los hechiceros vulgares. Los grandes hechiceros toman discípulos prefiriendo como tales á los que por su propensión á los espasmos y por otras cualidades análogas demuestran tempranamente su talento para elevadas vocaciones; estos discípulos suelen reconocerse por su traje. Los primeros conjuros de su Torngak, el espíritu protector, son otros tantos exámenes á que se somete al futuro hechicero, el cual no consigue el grado de gran hechicero (entre los esquimales Angekok Soglik) hasta que abandona su cuerpo para volver quizás encarnado en un fantástico oso blanco, ó en una morsa, ó vagando por la tierra para lo cual es preciso que transcurra mucho tiempo. Cuando su cuerpo ha sido arrojado al mar, es necesario para llegar á aquella categoría, que todos sus huesos hayan sido arrojados á la playa y se hayan cubierto nuevamente de carne. Los objetos que al morir deja uno de estos grandes hechiceros conservan su virtud sobrenatural siendo especialmente venerado su tambor. A pesar de que las gesticulaciones representan un gran papel especialmente en las representaciones públicas de estos hechiceros, es indudable que á menudo poseen conocimientos reales y verdaderos, puesto que así han tenido que confesarlo aun aquellos que, como Cranz, han atacado duramente la religión de los hiperbóreos: los remedios vulgares como soplar, escupir, levantar con un palo la cabeza previamente atada con una correa para ver si pesa mucho ó poco, chupar la enfermedad, hacer una sangría para que por ella salga el espíritu malo, matar las almas de los hombres que están á gran distancia por medio de flechazos y otros hechizos por el estilo suelen practicarlos personas que ocupan un rango inferior al de los angekokes y camanes respecto de los cuales están en la misma relación que los hechiceros chapuceros respecto de los sacerdotes. Esto no obstante, muchas veces se funden en una sola las dos funciones. Los hechizos de baja estofa están frecuentemente confiados á mujeres viejas. En estos como en otros pueblos los sacerdotes tienen un idioma especial, jerigonza formada por una acentuación distinta del lenguaje común, por algunas expresiones simbólicas y por un par de palabras cabalísticas.

Rink opina que las leyendas de los esquimales son restos de recuerdos de la permanencia de los antepasados en otras comarcas y de su contacto con otros pueblos, atribuyéndoles, por ende, el carácter de historia; pero esta